

## Artículos desconocidos de Unamuno en la revista *Mercurio*

MANUEL M<sup>a</sup> URRUTIA LEÓN  
Universidad de Deusto (Bilbao)

*La ciencia enseña el amor á la verdad, el respeto al hecho, el culto á lo que es verdadero, por insignificante que parezca; el odio al embuste y á la falsificación; la ciencia es la gran escuela, la escuela acaso insustituible de la sinceridad. Y la labor patriótica de los formados en tal escuela es educar al pueblo en el amor á la verdad y el odio á la mentira. [...]*

*Nada corrompe más á un pueblo que la Ciencia falsificada para servir á sus prejuicios, sus pasiones ó sus intereses bastardos. Se ha envenenado la Historia, y se sigue envenenándola y falsificándola, para halagar la vanidad ó la soberbia de las muchedumbres; se falsifica la Antropología para lisonjear á una raza; se sofistica la Economía política para apoyar pretensiones de una clase social, y se hace sedicente ciencia proteccionista ó librecambista; se falsea la Psicología para ponerla al servicio de estas ó aquellas creencias, por respetables que ellas sean.*

Miguel de UNAMUNO

### 1. INTRODUCCIÓN

Unas breves palabras introductorias para presentar los siguientes artículos, hasta ahora desconocidos, de Miguel de Unamuno. Fueron publicados en la revista barcelonesa *MERCURIO. Revista Comercial Ibero-Americana*, propiedad de José Puigdollers y Maciá. La revista saldría a la luz el 3 de diciembre de 1901 bajo la dirección de Federico Rahola. A partir de ese momento, aparecería el día primero de cada mes. Entre sus varias secciones, además de la propiamente comercial, dedicaba otras a las finanzas, a los transportes, etc., e incorporaba una gran cantidad de anuncios que contribuían a su sostenimiento financiero. Pero la revista, de gran calidad tipográfica, publicaba también un amplio *Suplemento* donde daba cabida a la colaboración literaria de escritores de primera fila. Entre ellos cabe citar a José Echegaray, Rafael Altamira, José Zulueta, Pedro Corominas, Salvador Canals, Adolfo Posada, Baldomero Argente, o Ramón Pérez de Ayala, entre otros. Será en este *Suplemento* donde colaborará Miguel de Unamuno, concretamente con los cinco artículos siguientes escritos por él para la publicación catalana.

1 enero 1904. *El derecho del primer ocupante*

1 agosto 1904. *Los niños pobres*

1 noviembre 1904. *Valor del pasado*

1 enero 1905. *Mercantilismo*

1 agosto 1905. *Misión del profesorado en la actual sociedad española*

Los dos primeros fueron escritos para la sección infantil del *Suplemento*, “para los niños”, como rezaba en el encabezamiento que la revista puso al primero de los mismos. En ellos se dirige directamente a los niños, en tono educativo, haciéndoles ver el valor del trabajo, y aprovecha para criticar la apropiación privada de la tierra, etc. Estos artículos, como los cuentos para niños que escribían los otros colaboradores, iban acompañados de grandes láminas, 50 × 80 ctms. aproximadamente, a todo color.

Los tres siguientes ya iban dirigidos a los adultos. Así por ejemplo, en el cuarto, *Mercantilismo*, aboga por dignificar la profesión mercantil. Pero quizás el texto más valioso para los estudiosos del pensamiento de Unamuno sea el último. En él, Unamuno realiza una

verdadera alabanza de la ciencia, escuela de sinceridad y de tolerancia, que nos enseña “el amor a la verdad”. Transmitir esa enseñanza al pueblo es precisamente, a juicio de Unamuno, la principal *Misión del profesorado en la actual sociedad española*. Labor educadora del pueblo que es justamente la tarea que Unamuno acaba de autoimponerse para el resto de su vida. Permítaseme para concluir esta breve introducción, llamar la atención sobre el penúltimo párrafo del citado artículo, pues me parece decisivo para comprender el giro crucial que se ha ido produciendo en el pensamiento de Unamuno durante los últimos años. Giro que implica el abandono definitivo de la visión romántica del pueblo “intrahistórico” español como naturalmente bueno y cuyos males le vendrían del exterior...

Cuando hay gentes que halagando al pueblo español le dicen y repiten que es una excelente primera materia y que sus males no le vienen de sí mismo, sino de los que le gobiernan y dirigen, es un deber pararse á reflexionar si esto es así como se dice; y si de un examen sereno, desinteresado, científico, resultara que el mal está en el pueblo, en su dureza de cerviz, en su terquedad y tosquedad, en el orgullo de su ignorancia, en su falta de idealidad y de desinterés, entonces sería un deber decirle noble y lealmente: “¡pueblo mío!, eres tú, eres tú mismo el que tienes que modificarte, renunciando á tus tercas rutinas y á tus prejuicios tradicionales, respetando á todo el que hable con el corazón en la mano y oyéndole con atención y con respeto”. Y que aprenda á oír.<sup>1</sup>

## 2. ARTÍCULOS DESCONOCIDOS DE UNAMUNO

A continuación reproduzco los cinco artículos de Unamuno en *Mercurio*, todos ellos desconocidos aún para los estudiosos de la obra de Unamuno.

---

### EL DERECHO DEL PRIMER OCUPANTE

Cuando nacisteis os encontrasteis con padres que os daban todo lo que os hacía falta: comida, vestido, casa y todas las demás cosas necesarias y hasta las no necesarias, como juguetes y diversiones de pago. No habéis tenido que ganaros nada por vosotros mismos y con vuestro trabajo, y por esto no sabéis lo que es ganaros la vida. Os habéis encontrado con que unas cosas son de unos y otras cosas son de otros, y no sabéis bien por que son las cosas de uno y no son de otro. Todo lo que tenéis os lo han dado hecho ó vuestros padres ó vuestros amigos, ó se lo habéis trocado á estos amigos por otras cosas, y si algo habéis hecho vosotros con vuestras manos, es con materiales que os dieron. Y lo que compráis es con dinero que os han dado, y no con dinero que hayais ganado.

Me figuro que al leer esto alguno de vosotros me saltará diciendo: “no, yo tengo una cosa que es mía y no me la ha dado nadie, sino que yo me la encontré en la calle, la cogí y como no era de nadie, ahora es mía”. Claro está que lo que uno encuentra y no era de nadie, ó lo tiró su dueño, es del que lo encuentra. De esas cosas se dice que no son de nadie, y del que las encuentra se dice que se hace dueño de ellas por el derecho del primer ocupante.

Cuando yo era niño como vosotros, siempre que encontrábamos algún juguete u otra cosa que podía habérselo perdido á algún chico, la cogíamos y cantábamos esto:

*Una cosa me he encontrado;  
Cuatro veces lo diré,  
Si su dueño no parece  
Con ella me quedaré.*

Y si no parecía el dueño nos quedábamos con ella. Otros ni siquiera cantaban eso ni hacían nada porque pareciese el dueño, sino que se callaban, algunos sabiendo á quien se le había perdido lo que ellos encontraron. Y esto, claro está, es un robo.

Pero es que hay muchos actos, amiguitos, que no parecen robos y, sin embargo, lo son, así como también

---

<sup>1</sup> Para un desarrollo de este giro, véase: Manuel M<sup>a</sup> URRUTIA, *Evolución del pensamiento político de Unamuno*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1997, concretamente el capítulo VII. *La crisis: salida (1901-1905)*, pp. 95-124, en donde ya citaba el presente artículo.

hay muchas cosas que nos encontramos y decimos que no son de nadie y son de todos.

Las flores que hay en un jardín público, por ejemplo, son de todos porque el jardín se cuida y cultiva con dinero que sale de los bolsillos de todos los del pueblo y de todos los que por él pasan, y esas flores están para recreo de todos. Y si va uno y corta una y se la lleva, hace un robo. Y si oís decir que lo que es de todos no es de ninguno, esa es una barbaridad muy grande que han inventado los ladrones para robar más á su gusto.

Os digo, pues, que hay muchas cosas que los que las cojen dicen que no son de nadie y esto no es verdad, sino que son de todos. Y el derecho del primer ocupante suele ser algunas veces una cosa muy fea y que está muy mal hecha.

Figuraros que llega un chico á un paseo y se encuentra con un banco á la sombra de una acacia, y que en el banco caben tres chicos. Pero él va, y como está solo y le gusta la comodidad, en vez de sentarse se recuesta á todo lo largo en el banco y se estira bien. Entonces viene otro chico y le dice que le haga sitio y se siente bien, porque también él quiere sentarse. Y entonces va el primero y le contesta: “No me da la gana; haber llegado antes; yo he venido primero y el banco es mío. Si quieres sentarte, allí tienes aquel otro”. Y el otro le dice: “Pero aquel está al sol, y yo quiero sentarme á la sombra”. Y el del banco dice: “Entonces, siéntate en el suelo”. Y el otro dice: “¡Clarito! ¡habiendo banco voy á sentarme en el suelo!... Anda, siéntate bien y hazme sitio”. Y el del banco le contesta: “Ya te he dicho que no me da la gana; si quieres que te haga sitio dame una de esas dos naranjas que llevas; si no, no me encojo”. Esto lo hacía el chico del banco porque creía que le podría al otro si se pusieran á reñir. Y el otro pobre iba á marcharse cuando vió venir al guarda del jardín y le amenazó al del banco con decírselo y entonces el del banco, que no era muy amigo del guarda, se levantó y se fué.

Pues bien: hay muchos así que dicen que es suyo lo que ocupan por la fuerza, porque llegaron antes.

Una cosa es ocupar algo con el trabajo, como cuando uno tiene una tierra y la labra ó un violín y lo toca, y otra cosa es ocupar algo con la fuerza.

Y aquí voy á contaros un sucedido. Y fué que una vez iban navegando diez familias, y naufragaron y fueron á dar á una isla desierta, muy rica y muy hermosa. Era una isla que producía toda clase de frutos, y que sin mucho trabajo podía alimentar lo menos á mil familias. Cuando vieron esto los naufragos, les pesó menos de su desgracia y hasta algunos se alegraron de ella. Con lo que pudieron sacar del barco, que encalló entre las peñas, se establecieron allí, empezaron á hacerse chozas y á cultivar el suelo. Lo cultivaban todos juntos y á ninguno se le ocurrió dividir la isla en diez pedazos, y quedarse cada familia con uno de los pedazos, porque estaban mejor todos juntos y les sobraba tierra. Si váis un día seis amigos á comer melones y os encontráis con cien melones, no os repartiréis éstos sino que comeréis todos de uno ó dos, de los que os parezcan mejores, dejando los demás para otro día, si antes no se pasan. Y así hicieron los naufragos; como no estaban más que ellos, cultivaban todo el suelo que podían entre todos y dejaban lo demás. Pero uno de ellos, que era más listo que los otros, les dijo un día: “Y si naufragan aquí otros, y cojen otra parte y se ponen á cultivarla, ¿qué haremos?” Y le contestaron: “Dejarles, porque aquí se pueden mantener lo menos mil familias”. Pero él les dijo: “¡No, dejarles no! porque nosotros hemos llegado antes y la isla es nuestra, por el derecho del primer ocupante. Lo mejor es que haciendo en ella diez porciones nos las repartamos entre las diez familias aunque luego cultivemos todos juntos una parte de una sola porción, pues cada una de éstas basta para mantener á cien familias”. Así hicieron y siguieron trabajando todos juntos un cachito de la isla, pero después de haberla dividido en diez partes que se repartieron. Y ya veréis como el que les aconsejó esto era el mas listo de todos ellos, ó sea el más malo, porque muchas veces la listura no sirve sino para mal.

Pasado algún tiempo, una vez vino á naufragar en otra parte de la isla, otro barco que traía cuatro familias y éstas se pusieron á vivir en aquella parte de la isla, donde habían ido á dar. Y en cuanto lo supieron los otros, los que estaban de antes, fueron allá y les dijeron: “Esta isla es nuestra y no vuestra porque hemos llegado á ella antes que vosotros, y nos la hemos repartido, y ese suelo que trabajáis no es vuestro sino de una de nuestras familias”. Y los otros pobres, al ver que eran más que ellos, les contestaron con buenos modos: “Pero si aquí hay sitio para todos y podemos vivir muy bien las catorce familias, las diez vuestras y las cuatro nuestras, y hasta mil si hubiera; iremos con vosotros y trabajaremos todos juntos”. Y aquel que era más listo que los demás, el que les había aconsejado lo del reparto, les dijo: “No puede ser, nosotros hemos llegado antes y por eso esta isla es nuestra y nos la hemos repartido; si queréis vivir aquí trabajaréis para nosotros y os daremos casa, vestido y comida, y si no queréis esto, ahí está el mar de donde habéis venido, podéis volver á él. ¡Haber llegado antes!”. Y como eran menos y los otros les podían, no tuvieron más remedio que aguantarse y ponerse las cuatro familias á trabajar para las otras diez. Y como en aquella isla con muy poco trabajo se sacaba mucho, esas cuatro familias de los que naufragaron más tarde trabajaban para las catorce, y después de vestirse y comer con lo que sacaban vestían y daban de comer á los otros. Y éstos, los que habían llegado primero, no hacían nada más que obligar á los otros á que trabajasen y cuidarles para que no se les escaparan y tuvieran que andarles buscando por unos montes que había en la isla. Ya habréis comprendido que estas cuatro familias que llegaron después eran esclavas de las que habían llegado primero.

Porque esclavo es eso, uno á quien no le dejan ir trabajar á donde quiera sino que tiene que trabajar por la fuerza en la tierra de su amo. Es algo parecido á una caballería, á la que se le ata para que no se salga de un prado.

Que aquellos diez que llegaron primero quisieran para sí solos la parte que habían cultivado, se comprende, aunque ya os explicaré otro día que tampoco eso les convenía mucho; pero lo que no es más que una barbaridad, es que no les dejasen trabajar á las otras cuatro pobres familias en ninguna otra parte de la isla, porque decían que era toda de ellos como el chico aquel que se tendió en el banco del jardín decía que era suyo todo el banco. Y aquí, en la isla, no había como en el jardín ningún guarda que obligase á las diez primeras familias á que no abusaran de su fuerza y de ser más.

Y ahora, ¿qué os parece de lo que hicieron los que habían llegado antes á la isla con los que llegaron después? Y la isla, ¿qué os parece? antes que llegara ningún hombre á ella ¿no era de nadie ó era de todos los que llegaron, mientras pudiese mantenerlos?

Pero todo esto no es ni tan fácil de responder ni tan claro como puede pareceros, y es mejor que lo dejemos ahora para otro día. Ahora hablad de esto con vuestros padres y preguntadles que piensan de ello, porque es muy fácil que á vuestros padres se les ocurran otras cosas que á vosotros. Yo también tengo hijos como los tienen vuestros padres, y á mí hasta me gusta que piensen mis hijos de diferente manera que yo y que les parezcan mal muchas cosas que á mí me parecen bien, porque si pensaran siempre los hijos lo mismo que sus padres, estaríamos hoy como en tiempo de Adán y Eva.

Vosotros debéis pensar de donde os vienen las cosas que vuestros padres os dan y de donde las sacan ellos y como gana su dinero vuestro padre, pues por no acostumbrarnos á pensar en eso desde muy jóvenes, nos vienen luego muchos males. Y sobre todo debéis tener en cuenta que acaso algún día, por ricos que vuestros padres sean, tendréis que ganáros la vida trabajando, y ahora os voy á decir, para acabar, una cosa que otro día os explicaré más despacio, y lo que voy á deciros es que es mejor que os vivan vuestros padres hasta que hayáis acabado de aprender vuestro oficio ó carrera y os dejen en el mundo sin un cuarto, pero sabiendo trabajar y con conocimientos y carrera, á no que se os mueran ahora, cuando sois pequeños, y os dejen mucho dinero.

De estas cosas hablaremos otro día. Hasta entonces se os despide.

Miguel de UNAMUNO  
(1 enero 1904)

## LOS NIÑOS POBRES

Otra vez vengo á hablaros de cosas de comprar y vender y de ganarse la vida. Vosotros, los niños que leéis esto que escribo aquí para vosotros, no sabéis lo que es tenerse que ganar la vida, porque vuestros padres os dan de comer, vestidos, casa y cama, y hasta juguetes y golosinas. No hay sino abrir el cajón de mamá y de allí salen los cuartos.

¿Cómo han ido á parar allí? Os han dicho cómo los gana vuestro papá ó de qué tierras, que son suyas, le vienen de renta; pero no sabéis bien lo que le cuesta ganáros á vuestro papá, si es que vive de su trabajo. Un niño tarda mucho en saber lo que vale una peseta. No lo que vale, sino lo que cuesta.

Eso lo saben los niños pobres que tienen que llevar por la noche dinero á sus padres, y si no se lo llevan les da su padre una buena paliza. Esto os parecerá una barbaridad, pero así es. Las mayores barbaridades del mundo se hacen por el dinero; por ganar dinero se hacen muchas cosas feas. Y entre ellas pegar á los hijos.

Yo conozco á un padre muy bruto, que desde que amanece le hace ir á un hijo con una espuerta por las calles recogiendo la boñiga que dejan los bueyes, los caballos, las mulas y los borricos, para venderlo luego á los que la quieren para abonar las tierras, y si el hijo no le lleva por la noche por valor de no recuerdo cuántas perras, le calienta las costillas con una vara, sin hacer caso de sus gritos y lloros. ¡Qué bruto!, diréis. Es verdad, es bruto, pero es bruto porque es pobre.

Los hijos de los pobres no andan tanto tiempo como vosotros á la escuela, y por eso no pueden aprender tanto como vosotros, y saben luego menos, y como saben menos, ganan menos; y cuando tengan ellos hijos, después que se hagan hombres, harán con sus hijos lo que han hecho con ellos sus padres.

Los pobres les sacan á sus hijos de la escuela en cuanto les pueden ganar cuatro perrillas, para que les cuesten menos. Lo que quieren los pobres es que sus hijos les ganen pronto, desde chiquitos. ¡Y es claro! como salen pronto de la escuela para ponerse á trabajar y ganar dinero para sus padres, aprenden poco y mal; les cuesta luego mucho trabajo salir de pobres.

¿No habéis visto esos golfos ó niños pobres que andan vendiendo periódicos, y, á las horas en que no se vende periódicos, pidiendo limosna ó jugando á las chapas? Pues á esos niños les mandan sus padres á que vendan periódicos y á que pidan limosna, porque en la escuela no les dan dinero y lo que allí les enseñan no les vale dinero á sus padres. Y sus padres más quieren que les traigan hoy unas perrillas á casa que no que mañana ganen más que lo que han de ganar por no saber escuela. Esos padres son tan pobres, que no pueden mirar á lo que pasará mañana. Si á esos niños se les mueren los padres, les tienen que llevar á ellos, á los niños, á un Hospicio, ó se hacen unos perdidos.

Les debéis tener lástima á esos niños pobres, porque sus padres les hacen trabajar cuando apenas tienen fuerzas, ó les hacen pedir limosna y no les mandan á la escuela todo el tiempo que hace falta para que aprendan

lo que debe saber todo hombre. Pero no basta que les tengáis lástima, sino que debéis buscar si hay algún modo de que no pasen esas cosas.

Vosotros os juntáis con los niños pobres mucho más pronto y con más gusto que vuestros padres con los padres de ellos. Los hijos de un amo juegan con los hijos del criado, y el amo no se pone á jugar con el criado. Y á los padres de los niños pobres les gusta ver que sus hijos jueguen con vosotros, los hijos de los padres ricos, y cuando sus padres los ven jugar con vosotros no les riñen, aunque no les lleven perras, y son más buenos para ellos. Yo conozco á un padre que de tan pobre como era le hacía ir á un hijo de diez años sin cenar á la cama cuando no le llevaba por lo menos veinte céntimos cada noche; pero si le veía paseando con el hijo del alcalde, no le reñía y le daba de cenar aunque no le llevase ni una perra chica. ¡Claro está! -me diréis-, porque esperaba que le llevasen algún día á la casa del alcalde, y que le diesen allí algo, ó las sobras de la comida, ó algunos zapatos usados, ó algo así. Pero yo os digo que no era sólo por eso, sino porque aquel padre pobre se ponía muy contento de ver á su hijo con el hijo de un padre rico.

Entre vosotros los niños no debe haber pobres ni ricos, porque como vosotros no ganáis, sois todos iguales. Y si es caso más ricos son los niños pobres, porque les llevan dinero á casa de sus padres y vosotros no les lleváis dinero, sino que se lo pedís para juguetes y golosinas.

Y si los niños pobres andan sucios y dicen palabras feas y hacen picardías y son malos, la culpa no tienen ellos ni sus padres. Más culpa tienen vuestros padres que no quieren que os juntéis con ellos, por miedo de que se os peguen sus malas mañas. Así os dicen, pero no siempre es esto verdad.

Vosotros vais á escuelas de pago, llevándole á fin de mes la mesada al maestro, y los niños pobres van á escuelas de balde, á escuelas de la villa, con maestros que han puesto allí para que enseñen á los niños pobres. Y esto es muy malo para vosotros y para los niños pobres.

Vosotros debéis de ir á las mismas escuelas á que van los niños pobres, á juntaros con ellos, y á que os enseñen lo mismo que les enseñan á ellos. Vosotros debéis de ir á las escuelas de balde, que son las mejores escuelas, y decir á vuestros padres que les paguen más á los maestros de esas escuelas para que enseñen mejor.

Y lo mejor sería que os quedaráis á comer todos juntos en esas escuelas, los hijos de los pobres y los hijos de los ricos. ¡Y es claro! que pagaran la comida de todos vuestros padres, ya que los padres de los niños pobres trabajan para que vuestros padres coman y os den de comer. Si os quedaráis así á comer todos juntos en la escuela, los niños pobres aprenderían más.

Ya sé que me diréis que en la escuela no hay sitio para comer y que no os darían de comer como queréis vosotros, y otras cosas así, pero yo os digo esto para que se lo digáis á vuestros padres y vuestros padres piensen si puede hacerse eso.

Eso de que vosotros os criéis separados de los niños pobres, y que les tengáis miedo, es una cosa muy mala. Porque yo sé que muchos de vosotros les tenéis miedo á los golfos y á los chicos de la calle, á esos que andan sueltos vendiendo periódicos, pidiendo limosna ó jugando á las chapas, porque os han dicho que son malos y que pegan ó roban ó enseñan cosas feas. Y no son malos, sino que son pobres. Y si luego se hacen malos, es porque vosotros no os juntáis con ellos, ó si os juntáis con ellos es para mandarles.

Otra de las cosas más feas, y que más le disgustan á Dios es que el hijo de un amo se crea amo de los hijos del criado de su padre. Porque tu padre mande á otro hombre, no vas tú á mandar al hijo de este hombre. Tu padre le da trabajo á un trabajador y este trabajador come del trabajo que le da tu padre, pero tú no le das de comer al hijo de ese trabajador sino que quien le da de comer es su padre.

El que no gana es pobre y tú que no ganas eres pobre aunque tu padre te mantenga muy bien. Eres tan pobre como el niño pobre. No tienes más que una fortuna y es tu padre.

Cuando seas mayor y te pongas á pensar en eso de que hay pobres y ricos y por qué viven unos sin trabajar y otros trabajan mucho y viven muy mal, cuando te pongas á pensar en eso y á estudiarlo te dirán una porción de cosas muy difíciles y muy enredosas, pero tú fíjate en lo que te digo aquí, que es muy claro y muy sencillo.

A los ojos de Dios todos somos muy pobres, pero muy pobres, mucho más pobres que los que piden limosna, y hay que pensar que Dios nos mira siempre. Dios hizo á los hombres todos pobres para que se juntaran y procuraran ayudarse en su pobreza, pero los hombres cuando empiezan á ganar dinero se separan unos de otros y unos se hacen amos y otros criados.

Tú no sabes aún lo que es ganar dinero para comer ni por qué hay quien da dinero á otro y no que cada uno se haga lo que le hace falta. Pero de esto hablaremos otro día. Por hoy ten presente esto y es que separar á los hijos de los ricos de los hijos de los pobres es hacer que éstos sean más pobres todavía, es hacerles daño. Y no se debe hacer daño á nadie.

Miguel de UNAMUNO  
(1 agosto 1904)

## VALOR DEL PASADO

No hay más que un misterio hondo en la vida, y es el del tiempo. En entenderlo á derechas estriba la verdadera sabiduría. Y son muchos los que se obstinan en no comprender bien todo lo que significa el hecho de que no sea el presente sino el esfuerzo del pasado por hacerse porvenir.

En lo económico es acaso el factor tiempo el más importante, y aquel cuyo desconocimiento ó imperfecta comprensión acarrea más errores en las doctrinas económicas. Así, v. gr., en el fondo del fenómeno, tan radical é importante, del interés ó rédito, lo que hay es el factor del tiempo, la diferencia entre el valor futuro de un bien y la estimación presente de ese valor. Es, si se escudriña bien la cosa, un fenómeno de descuento.

Deberían obligarnos á todos á que aprendiéramos bien lo que el descuento es y significa para que luego lo aplicáramos á los órdenes todos de la vida, traduciéndolo del orden material al espiritual cuando fuese menester.

Otro ejemplo del olvido en que se tiene la significación del tiempo es la tan conocida frase de que el buen paño en el arca se vende. Cuando lo oigo contesto siempre lo mismo: Sí, á la larga, y tan á la larga, que entre tanto le sobra tiempo de morirse de hambre al vendedor. Mientras él espera al comprador, con el paño en el arca, vende su paño, aunque sea peor, el que lo tiene á la muestra.

El crédito mismo ¿qué es, en último análisis, sino un modo de fundar el porvenir sobre el pasado, un cierto modo de descontar éste, si se permite la paradoja?

Pero en España se ha dicho esto mil veces y hay que repetirlo otras mil; nada nos cuesta aprender más que el valor del tiempo. Nos sucede á este respecto lo peor que puede sucedernos, y es que nos sobra tiempo, y como nos sobra, no sabemos que hacer de él. Hay pueblos que dicen que el tiempo es oro (*time is money*), nosotros, en cambio, hacemos tiempo para matarlo.

Lamentábase un amigo mío de la pésima costumbre del regateo y de que pidan en una tienda por un objeto ocho para darlo luego por cinco, y le respondí: Eso es, se ha dicho ya por varios, porque sobra tiempo al vendedor y al comprador y lo malgastan en regatear; si hubiera una fila de compradores esperando cada cual su turno, no se regatearía.

Todo esto del valor del tiempo cabe aplicarlo á la estimación y uso que hacemos del pasado histórico, de nuestra historia y del porvenir.

La historia de un pueblo no tiene más valor que el de determinar su porvenir y el de darle para con los demás pueblos entre los cuales y de los que tiene que vivir, un crédito espiritual. Sólo como base del crédito es valedera la historia, en cuanto nos obliga á una conducta para mantenerlo.

Es fácil que llegue día en que se reconozca que la utilidad mayor de ciertos históricos monumentos que decoran alguna vieja ciudad, habrá sido la de ser depósitos de materiales para construcciones futuras.

No digo ni sostengo que sea siempre, ni aun las más de las veces, necesario derribar lo antiguo para erigir lo moderno, ni que haya que construir lo de mañana con las ruinas de lo de ayer, pero sí digo y sostengo que entre nosotros ocurre con demasiada frecuencia que los cementerios roban sitio á las tierras que debían alimentar á los vivos y las bibliotecas de librotos viejos ocupan el lugar que debería ocupar una imprenta de libros nuevos. Los muertos se comen á los vivos.

Prueba al canto. Tiene esta antigua é histórica Universidad de Salamanca una biblioteca rica en incunables, viejos infolios en pergamino, raras ediciones y curiosidades para bibliómanos. Han venido á refundirse en ella las bibliotecas de los antiguos colegios universitarios y las de conventos y casas de diferentes órdenes religiosas, cuyos libros se recogieron aquí al ser expulsados sus dueños. De muchas de esas antiguas obras (teológicas y de cánones las más de ellas) hay dos, tres, cuatro y más ejemplares exactamente iguales. En cambio, apenas se encuentra una obra moderna de valor, y en libros de fines del siglo XVIII acá es una de las bibliotecas más pobres que conozco. En vano buscaréis en ella las más famosas y más conocidas obras del siglo XIX. Y es que la mezquina consignación que para material le ha tenido asignada el Estado (¡¡600 pesetas anuales!!) apenas sí basta para la calefacción, suscripción á la *Gaceta* y poco más.

Pues bien: á cualquiera se le ocurre que, habiendo como hay bibliómanos á la caza de ediciones curiosas ó antiguas y habiendo en esta biblioteca ediciones de esas duplicadas, triplicadas y hasta cuadruplicadas, no había sino apartar por lo menos las triplicadas en adelante, si es que no también las duplicadas, y venderlas, para comprar con su producto obras modernas ó cambiarlas por éstas. Así intentó hacer años hace un Gobierno, y lo ordenó así, pero no contaba con que hay cabezas en que la obsesión del pasado mata el cuidado del porvenir, y no faltaron individuos del claustro universitario que se alarmaran porque se iba á arrancar *tesoros* de la biblioteca, y pusieron el grito en el cielo y consiguieron que se revocase la orden. Y así seguimos con dobles, triples y cuádruples ejemplares viejos de obras que nadie lee y careciendo del más modesto ejemplar de otras obras que muchos piden y no las encuentran.

El suceso es típico y nos muestra como abundan las gentes en cuyas cabezas el pasado es incompatible con el porvenir, y que de buena gana nos expulsarían á los vivos para hacer lugar á los muertos convirtiendo á España toda en un vasto cementerio.

Y lo triste es que con tanto hablar de las glorias del pasado, es la nuestra una de las naciones en que con menos amor y con menos inteligencia se cultiva la historia. Mucho de eso á que rendimos culto á título de historia, no es más que mentira y absurda leyenda. Nuestra historia está en su mayor y en su mejor parte por dilucidar.

En vez de trabajar nuestro pasado y hacerle producir ó ponerlo siquiera á rédito espiritual, lo tenemos metido en un arcón para que no le coja la polilla y lo sacamos no más que para lucirlo en los días de fiesta.

Se desvía el trazado de una calle ó de una carretera para no tocar a una torre que dicen ser del siglo VIII y luego de hecha la desviación, se averigua que la tal torre se hizo en el siglo XVII sobre las ruinas de otra más antigua que allí hubo.

Aquí podría contar dos sucesos tan ridículos como edificantes, el uno de las protestas que provocó el que se quisiera en esta ciudad de Salamanca, ensanchar el paso de un puente, algunos de cuyos arcos son romanos, y el otro la chillería que armaron ciertos sujetos cuando se sacó para las obras de un ferrocarril un poco de grava de uno de los cerros de Arapiles.

El pasado, lejos de ser incompatible con el presente, es la cantera de que va construyéndose éste, pero hay gentes que, contemplando los retratos de sus bisabuelos, no ven que sus hijos se suben en las sillas y pueden caerse de ellas y romperse la cabeza, ó recreándose en el recuerdo de las glorias pasadas, descuidan echar los cimientos de las glorias futuras.

Cuando á alguno de esos hombres, entregados al estudio de las cosas que fueron y alabador de los pasados tiempos (*laudator temporis acti*), le oigo tronar contra la decadencia presente y lamentarse de lo menguados que son los días que nos han cabido en suerte, suelo decirme, parodiando una frase célebre: Poca historia, aparta del presente; mucha, vuelve á él. Si nuestra historia, si la historia de España no sirve para darnos fe en nuestro presente y levantar sobre esa fe nuestras esperanzas en lo porvenir, es que tal historia no sirve para nada. Y por esto estimo los más útiles historiadores, no los que cantan nuestras glorias del pasado, sino los que investigan las causas de nuestra decadencia, apartando así obstáculos á la fe en el propio destino.

Nuestro miedo á la verdad arranca de nuestro amor á la ociosidad; es que cuesta mucho trabajo conquistar aquella, ó mejor que conquistarla, pues esto trasciende á botín de guerra, fraguarla con esfuerso metódico y perseverante. Cuesta menos tomar lo que nos dan, tal como nos lo dan, y sea ello verdadero ó falso, que no adquirirlo con labor propia y comprobarlo.

Todas estas observaciones, algo descosidas (bien lo comprendo), y que acaso parecerán á más de uno poco congruentes entre sí, todas estas observaciones me las sugiere el espectáculo tristísimo del vaho de ociosidad, de mentira, de supersticioso culto al pasado (culto supersticioso á que se junta la mala inteligencia de ese mismo pasado) y de incuria respecto al porvenir, en que nos movemos respirando con dificultad.

Y por debajo de todo, muy por debajo, en abismos de la psicología colectiva á que apenas se logra sino asomarse para vislumbrar un poco de lo mucho que allí hay, en esos abismos paréceme columbrar algo de lo que al principio dije: Falta de entender lo que es y lo que significa el misterio del tiempo.

\*\*\*

Alguien podrá decir que en lo susoescrito no se dan soluciones concretas para asunto alguno de interés vital y que en ello me limito á una exposición metodológica más que otra cosa. Nunca me ha gustado mucho eso que las gentes llaman concretar, y siempre he creído que andamos más necesitados aun que de verdades, de procedimientos para adquirirlas.

Un concepto, y á la vez que un concepto un sentimiento robusto y claro de lo que es y significa el pasado, es lo único que puede guiarnos á hacer aplicación de él al presente con vista al porvenir.

Y aquí conviene advertir que así como el ejercicio de la abogacía suele contribuir á enturbiar y oscurecer el sentido jurídico de los que á él se dedican, así el historicismo de los que del estudio hacen profesión, suele contribuir á enturbiar y oscurecer en ellos lo que de sentido histórico tuvieren. Hay, en efecto, quienes convierten en abogacía la investigación histórica y acuden al pasado, no en busca de enseñanzas, sino en busca de argumentos más ó menos especiosos, para sostener sus alegatos. Nada más pernicioso que la historia al servicio de una tesis cualquiera.

Pero lo más pernicioso de todo es caer en adoración de ella.

¡Felices los pueblos que no tienen historia! se ha dicho. Y á las veces puede la historia ser tal, que quepa exclamar: ¡Felices los pueblos que han olvidado la historia!

Conviértasenos ésta en substancia, es decir: en anhelos para el porvenir.

Miguel de UNAMUNO  
(1 noviembre 1904)

## MERCANTILISMO

En la colección de ensayos morales y religiosos del profesor Dr. C. Hilty, que lleva el título, comprensivo

de todos ellos, de *Glück*, esto es: “Felicidad”, hay uno titulado “¿Qué es la cultura?” (*¿Was ist Bildung?*) que fué originariamente un discurso leído por su autor ante una Asociación de jóvenes comerciantes, “entre los cuales (dice Hilty) domina hoy á menudo, más que en otras clases, anhelo de cultura general”.

Esta observación, que puede también hacerse en nuestra patria, me mueve á escribir algo contra la notoria injusticia con que los hombres de las llamadas profesiones liberales, y muy en especial los literatos, acusan de filisteísmo y beatismo á los que se dedican al comercio y los motejan con el dictado de mercachifles.

Alguien ha dicho que de nada serviría que expulsásemos á los frailes de España si cada uno de nosotros, los españoles, no echara de sí al fraile que lleva dentro, y sin meterme ahora á escudriñar lo que haya en esto de verdad y de justicia, lo cierto es que el filisteísmo y el beatismo, y aun si se quiere el espíritu llamado fenicio, lo llevamos todos los españoles dentro, sin que pueda decirse que los comerciantes toman mayor parte de él, ni mucho menos.

Si el motejo de “mercachifle” quiere decir que no se ocupa ni preocupa uno más que de sus ganancias personales, de comprar barato y vender caro, de dar gato por liebre, desollando al que ha de comerlo y vivir cerrado á todo ideal desinteresado y á toda aspiración que se eleve sobre la de enriquecerse individualmente, en este caso hay que convenir en que es entre los literatos y hombres de profesiones liberales donde hay que ir á buscar en España los mayores y más garrafales mercachifles.

Cuando se formó aquella tan efímera Unión Nacional, los políticos de oficio ó profesionales de la política hablaron con desprecio del criterio de la vara de medir, como si le fuera superior el criterio parlamentario, y todos los que hacen de la política un comercio se revolviéron contra los que pretendían que las clases mercantiles influyan directamente en la política. Pero lo que tengo observado es que no suelen ser comerciantes, ni industriales, ni hombres de negocios los que más pregonan y recomiendan ese bárbaro pragmatismo de reducir la cultura al fomento de los intereses materiales. No es á industriales á quienes más he oído el estribillo ese de “menos doctores y más industriales” y no es á ellos á quienes más se ha oído, porque saben muy bien que el ser doctor no estorba al ser buen industrial, antes bien puede favorecerlo (y no pocos lo prueban haciendo que cursen una carrera académica hijos que han de dedicarse luego á la industria) y saben también que aforismos como ese no nos llevan sino á crear unas fábricas de industriales teóricos, en que salen éstos tan malos doctores como los otros. De sobra saben que no son esas escuelas las que han de renovar nuestra industria.

Pero hay algo más odioso aún, y es lo de que sea el dependiente de comercio, ó como se le llama con desprecio el *hortera*, blanco de las más necias cuchufletas y se le saque á tablas en disparatados sainetes, compuestos por los horteras de la literatura, como el espejo de la cursilería. Tal se van poniendo las cosas (lo tengo dicho y repetido varias veces) que llega á ser apetecible el dictado de cursi, ya que para los señoritos haraganes y desengañados de todo ideal, corroidos por esteticismo, es cursilería todo lo que signifique cándido entusiasmo por el progreso, fe en la ciencia y ansia de verdadera cultura. Y como el de cursi es también noble y digno el dictado de hortera, y hay que saber llevarlo con la frente alta y el pecho abierto.

Es corriente entre esos señoritos haraganes el burlarse de las Sociedades que para procurarse culto recreo suelen formar los dependientes de comercio, y hasta se burlan del afán de instruirse que entre éstos se viene notando. Porque es cosa sabida que son los horteras (y empleo este vocablo sin la menor sombra de desdén, antes bien, como título de honor) son los dependientes de comercio de los que más consumen esas ediciones baratas de las obras de vulgarización científica que desde hace algún tiempo cobran tanto favor en España.

He aquí un fenómeno éste del favor que en el público español están alcanzando esas obras de vulgarización científica y filosófica, en el que no quieren fijarse ni los políticos ni los mercachifles de la literatura. Si se estudiara el asunto, creo que acabaría por verse que este fenómeno y otros análogos son los síntomas de una íntima renovación del espíritu público español, renovación que se cumple por debajo del mundo teatral, en que se agitan políticos y literatos y sin que éstos lo adviertan. Y esa renovación, estoy de ello persuadido, se cumple, sobre todo en el seno de las clases mercantiles é industriales, y sobre todo en sus servidores, entre obreros de fábrica y dependientes de comercio.

Aparte lo cual hay otra consideración, y es que el ideal más noble, el más fecundo, el más humanitario, nació del comercio y en el seno de él. Es el ideal del libre cambio. El libre cambio de productos manufacturados y frutos de la tierra es el que enceta y prepara el libre cambio de ideas y de sentimientos.

Se habla contra el espíritu fenicio sin percatarse de que los fenicios fueron los que prepararon la civilización mediterránea, y cuando los estetas, despreciadores del mercantilismo, exaltan la cultura helénica y se desgañitan á entonar himnos en loor de Apolo délfico, olvidan que fué el comercio el que hizo á Atenas y que los griegos fueron siempre (y continúan siendo) ante todo y sobre todo un pueblo de mercaderes y navegantes. El astuto Ulises, su más preclara personificación, no era otra cosa. Luego entraron en juego los romanos, aquellos soldados metidos á legistas para justificar el derecho quirritario de usar y abusar de las tierras que habían robado aquellos terratenientes armados que ahogaron á Italia bajo la pesadumbre de los latifundios y que siguen ahogándonos bajo la pesadumbre de su derecho. Porque el derecho civil que nos oprime no es sino hijuela del tal poderoso derecho romano, y sólo nos libertará de su maleficio el mercantilizarlo. En cuestión de propiedad, v. gr., el progreso consiste en hacer desaparecer la distinción entre mueble é inmueble y poder endosar títulos de propiedad de tierras como se endosan efectos de comercio.



Veo que me desví de mi primer propósito al trazar estas líneas y vuelvo á él. Vuelvo á él para decir que si alguna vez hemos dicho algunos que es preciso que en España se sobreponga el espíritu periférico, el de las costas, el de las regiones en mayor y más íntimo contacto con el resto del mundo, al espíritu reconcentrado del interior, de las mesetas de las grandes dehesas y tierras de pan llevar, esto no quiere decir sino que debe sobreponerse el espíritu del mercader al del labrador, el del hombre de la ambición al del hombre de la codicia, y sobre todo que es menester ahogar las voces de los ociosos hidalgüelos de gotera, de los mayorazgos haraganes, de los señoritos que viven en la Corte con rentas de tierras que apenas conocen, y mirar y ver que son los más motejados de cortedad de miras los que muestran mayores ansias de cultura y de renovación.

Y ante todo y sobre todo, en vez de rechazar ciertos motes, hay que acogerlos y ostentar como seña de dignidad y de nobleza lo que tratan de imponernos como estigma de desprecio. Si yo fuese dependiente de comercio alzaría la frente con orgullo para decir que era hortera, convirtiendo á honra y prestigio todo lo que de menosprecio quieren poner los señoritos en tal apelativo.

Miguel de UNAMUNO  
(1 enero 1905)

### MISIÓN DEL PROFESORADO EN LA ACTUAL SOCIEDAD ESPAÑOLA\*

No soy yo, ciertamente, el profesor español que se atreva á decir cuál cree debe ser la misión del profesorado en las sociedades modernas. La única sociedad que conozco algo es la española, y no sé hasta dónde sea permitido llamarla, con propiedad, moderna. Me he de limitar, pues, a exponer cuál creo debe ser la misión del profesorado en la sociedad española de hoy, sin pretender que mis observaciones puedan aplicarse á otra sociedad cualquiera.

Hay, sin duda, una enorme diferencia entre una sociedad encarrilada ya en el movimiento de la cultura, que hace fuertes y dichosos á los pueblos, y otra sociedad á la que hay que hacer descarrilar de sus viejos carriles de la rutina para meterla en otros nuevos. No es lo mismo dirigir un buque que arreglarlo en el astillero, y convertirlo de buque de vela en buque de vapor.

En los países encarrilados ya, la Universidad es una pieza del mecanismo social. En ella se enseñan ciencias, artes y humanidades, obedeciendo á la ley de la división del trabajo. Un químico, un físico, un entomólogo, un helenista, un asiriólogo, un fisiólogo, etc., cumplen su misión enseñando, respectivamente, química, física, entomología, griego, asirio, fisiología, etc. Allí puede tener aplicación el dicho vulgar de “¡zapatero, á tus zapatos!”, y los especialistas son obreros de una labor colectiva fecunda. Pero no así en sociedades como la nuestra. En las grandes capitales hay casas en que no se vende sino objetos de caucho, v. gr., ó no más que clavos, mientras que en los pequeños pueblos, en un solo comercio se vende de todo, sin que pueda ser de otro modo.

El especialismo, tan útil y provechoso para el adelanto de las ciencias, puede resultar una rémora de progreso en países como el nuestro, en los que ante todo es menester educar al pueblo. Educar antes que instruirle. Antes de ahora lo he dicho y he de repetirlo: el profesor que se limita en España á eso que comunmente llamamos cumplir con el deber, no cumple con la patria y no tiene derecho alguno á quejarse de que se le recompense mal. Demasiado se le da para lo que hace. Quien no da más de lo que se le pide, no debe pedir más de lo que se le da.

La obra del profesorado español no debe limitarse á la labor docente de cátedra, sino que ha de extenderse á una labor educadora sobre el pueblo. Educadora más que instructiva en el sentido estricto. Más que á vulgarizar las ciencias, artes y conocimientos mediante cursos de extensión universitaria -que resultan por lo común, hay que confesarlo, un fracaso- ó por otros medios análogos, hay que tender á formar en el pueblo hábitos de seriedad y de trabajo y sentimientos de sinceridad y de patriotismo. El profesorado debería ser, si fuese como debiera, el sacerdocio de la religión patriótica, de la religión del patriotismo.

La investigación científica tiene, aparte del fruto inmediato y aplicable á las necesidades inmediatas de la vida que de ella se saca, otro valor tal vez más hondo y más duradero, y es la huella que deja en el espíritu del investigador. Importantísimas son las aplicaciones médicas de los descubrimientos de Pasteur, pero la vida misma de este nobilísimo investigador es una lección perenne y de la mayor importancia. Los descubrimientos de Ramón y Cajal han dado sólida reputación á este ilustre maestro entre los sabios todos del mundo que se interesan en problemas histológicos y antropológicos; en general, esta su fama ha refluído á España, y apoyándose en la autoridad que ella le da, está, al presente, ejerciendo sobre la patria un apostolado mucho más fecundo que su labor estrictamente científica. Ahora nos está contando cómo y por qué llegó á sus

---

\* Véase el número anterior en que con el artículo de D. José Zulueta “La misión social de los agricultores” inauguramos la *enquête* que pensamos llevar á término con toda la amplitud posible sobre “La misión social de las clases directoras en las sociedades modernas”.

descubrimientos; ahora está enseñando á sus compatriotas cómo es el alto idealismo, el quijotismo, el amor á la verdad por la verdad misma, el amor á la belleza, la abnegación desinteresada, la curiosidad especulativa, el santo deseo de gloria, lo que lleva á los descubrimientos científicos que pueden resultar luego útiles para la vida que pasa.

La ciencia enseña el amor á la verdad, el respeto al hecho, el culto á lo que es verdadero, por insignificante que parezca; el odio al embuste y á la falsificación; la ciencia es la gran escuela, la escuela acaso insustituible de la sinceridad. Y la labor patriótica de los formados en tal escuela es educar al pueblo en el amor á la verdad y el odio á la mentira. No se concibe un verdadero hombre de ciencia, á un hombre de ciencia verdadera, tratando de engañar á un pueblo y de halagar sus pasiones ó sus prejuicios. Esto es cosa de sofistas ó de abogados, que se habitúan á defender el pro y el contra de las cuestiones; es cosa de casuístas que buscan medios de absolver á los penitentes, sin forzarles mucho el natural. Las llamadas jurisprudencia y teología moral han contribuído no poco á corromper á los pueblos. Podría citar muchos casos en apoyo de esto, pero baste decir que hay personas piadosísimas que no sienten escrúpulo en ocultar riqueza imponible, ó en meter género de mate, porque se les ha enseñado que defraudar al Estado no es robar, y que no es pecado contrabandear y matutear. Y os miran con ojos de asombro si les decís que el contrabandista peca contra el cuarto mandamiento, honrar padre y madre, porque en él se contiene el deber de obedecer á toda autoridad que mande algo que no esté contra la ley de Dios, como no lo está el imponer tributos.

Los hombres educados en la Ciencia tienen el deber de educar al pueblo á que oiga la verdad y la respete.

Y si la Ciencia es una escuela de sinceridad y de odio á toda mentira, la Ciencia es también una escuela de tolerancia y de odio á toda imposición doctrinal. La Ciencia enseña á amar la verdad, ó más bien á amar las pequeñas verdades, los datos al parecer más insignificantes que vamos día á día conquistando, y enseña á desconfiar de las propias fuerzas y á no creernos infalibles nunca. A medida que crece el campo de lo conocido, crece en mayor proporción, el de lo desconocido; de cada problema que se resuelve surgen multitud de nuevos problemas. Y no pocas veces el progreso científico consiste, no en resolver un problema dado, sino en descubrir que se hallaba mal planteado, deshacer lo hecho y volver á plantearlo de nuevo: borrar y cuenta nueva. El descubrir que se va por mal camino y volver atrás, desandando lo andado para emprender otro nuevo, es avanzar y no retroceder. Y esto enseña la Ciencia, y esto es lección de tolerancia.

No he visto á nadie indignarse porque se le niegue un teorema matemático ni empeñarse en imponerlo autoritariamente y por la fuerza á quien no comprende su demostración. Y esta educación de mansedumbre en la firmeza es la que hay que inculcar al pueblo

La acción del profesorado formado en los métodos científicos de investigación debe de ser el trasplantar eso que se llama la religión de la Ciencia, el culto á la verdad por la verdad misma y el espíritu de fe reflexiva y de respeto á lo desconocido, el trasplantarlo al orden del patriotismo.

La Ciencia tiene sus mártires, mártires del amor á la verdad, y este espíritu de martirio deben llevarlo á sus relaciones con el pueblo en que viven y del que viven. Ejemplo nobilísimo de ello es aquel médico del drama de Ibsen *El enemigo del pueblo*. Nada corrompe más á un pueblo que la Ciencia falsificada para servir á sus prejuicios, sus pasiones ó sus intereses bastardos. Se ha envenenado la Historia, y se sigue envenenándola y falsificándola, para halagar la vanidad ó la soberbia de las muchedumbres; se falsifica la Antropología para lisonjear á una raza; se sofisticada la Economía política para apoyar pretensiones de una clase social, y se hace sedicente ciencia proteccionista ó librecambista; se falsea la Psicología para ponerla al servicio de estas ó aquellas creencias, por respetables que ellas sean. Y en esta labor corruptora ha tenido siempre y en todas partes poca participación el profesorado á sueldo.

Amargas son las invectivas de Schopenhauer á la filosofía asalariada, pero por amargas que sean, son muy justas. Bien está que como el sacerdote come del altar, coma el profesor de la disciplina que profesa, pero si convierten en carrera el uno el sacerdocio y el otro el profesorado, se degradan y no cumplen su deber social.

Bien está que el profesorado procure instruir al pueblo vulgarizando doctrinas científicas y conocimientos útiles, pero es muy de temer que con esto no se le haga sino entretenerle fútilmente. Las gentes van á oír una conferencia científica para pasar el rato ó como van al teatro, y si les impresiona el oír el número de leguas que hay de la Tierra á Sirio, es porque eso les parece imposible de averiguar por medios naturales. La ciencia fragmentaria de conferencias y manuales rara vez educa á un pueblo. Se reduce á física recreativa. Es la acción moral lo que sobre todo hace falta, y yo quisiera que en toda España se distinguiera el profesorado por su culto á la sinceridad, predicando la verdad como el Apóstol quería, oportuna é inoportunamente, y por su culto á la tolerancia.

Cuando hay gentes que halagando al pueblo español le dicen y repiten que es una excelente primera materia y que sus males no le vienen de sí mismo, sino de los que le gobiernan y dirigen, es un deber pararse á reflexionar si esto es así como se dice; y si de un examen sereno, desinteresado, científico, resultara que el mal está en el pueblo, en su dureza de cerviz, en su terquedad y tosquedad, en el orgullo de su ignorancia, en su falta de idealidad y de desinterés, entonces sería un deber decirle noble y lealmente: “¡pueblo mío!, eres tú, eres tú mismo el que tienes que modificarte, renunciando á tus tercas rutinas y á tus prejuicios tradicionales, respetando á todo el que hable con el corazón en la mano y oyéndole con atención y con respeto”. Y que aprenda á oír.

He aquí la labor del profesorado español: enseñar al pueblo á que oiga con atención y respeto.

Miguel de UNAMUNO  
*(1 agosto 1905)*